

vejez. Y allá, donde se trabaja, ya sea en el campo, en la fábrica o en la oficina, como en la tienda del padre o en la cocina de la madre, el Estado regula las horas para proteger al trabajador contra la explotación.

Para el problema de la vivienda también estos profesores han sabido encontrar solución: el inquilino paga un alquiler proporcionado a sus ingresos: el Estado presta con facilidad dinero al ciudadano para construir y «la ausencia injustificable de casa» es un crimen, que se castiga con la expropiación del domicilio en beneficio de los que carecen de él. Las leyes agrarias y el reparto de las tierras han colocado a Checoslovaquia entre los primeros países agrícolas.

Es admirable ver desarrollarse el más audaz programa político sobre el fondo arcaico y patriarcal de Praga; ver cómo la ciudad más medieval de Europa se convierte en el laboratorio de las más osadas innovaciones políticas; ver cómo triunfa la democracia y el progreso en medio del ambiente de reacción de militarismo que envuelve al mundo; ver a la cabeza de un país un grupo de profesores, mientras en otros se cierran las Universidades (en Italia, por ejemplo), se reduce el presupuesto de Instrucción Pública, para engrosar el de Guerra, se suprimen las escuelas especiales, se atropella a los catedráticos.

Si digno de admiración es ese gobierno de catedráticos presidido por Massarky, que con su programa amplio y sus métodos tolerantes está haciendo más por la paz del mundo que todos aquellos que quieren imponerla por la fuerza y la represión, digno de elogio es también el pueblo consciente que ha sabido confiar sus destinos sólo a hombres cuyos espíritus cultivados por el estudio pueden ofrecer garantía para desempeñar tan sagrada misión.

«C'est du Nord que nous vient aujourd'hui la lumière». Que esa luz llegue hasta nosotros, hemos de pedir. Y que sea la estrella luminosa que nos guíe por el camino tenebroso en el que marchamos, hasta conducirnos a la verdad.

TERESA DE ESCORLAZA.

(La Libertad, Madrid).



El laborismo inglés

Los intelectuales

PARA cuantos conocían los componentes del Labour Party y la evolución del pensamiento liberal inglés a partir de la guerra europea, y aun antes, no ha sido ninguna sorpresa el gran número de intelectuales que han entrado a ocupar altos cargos en la nueva situación laborista. Puede decirse que el socialismo británico ha sido obra de los intelectuales agrupados en la Sociedad Fabiana, que se fundó ahora hace cuarenta años, tomando el nombre y la táctica de Fabio *Cunctator* o el Contemporalizador. Los fabianos han dedicado todo ese tiempo con una constancia y devoción ejemplares, a depurar el socialismo de toda aleación anarquista, y, en general, utópica, convirtiéndolo en una serie de proyectos gacetales. Una de sus humorísticas jactancias—la gravedad de la tarea iba siempre acompañada de un excelente buen humor, que hacía deliciosos algunos de sus folletos y casi todos sus mítines—era que tanto los conservadores como los liberales se limitaban a arrancar aquí y allá hojas del programa fabiano para incorporarlas a los suyos. Y, en realidad, la legislación inglesa de estos últimos veinte años apenas ha sido otra cosa que una gradual ejecución de las doctrinas fabianas.

Bernard Shaw, el insigne dramaturgo, y uno de los fundadores y continuadores, hasta la fecha, más entusiastas de la Sociedad Fabiana, cuenta sus orígenes en el folleto que hace el número 41 de esa organización, y los procedimientos de que se valían para infiltrar sus ideas. Acostumbraban deslizarse en todas las fortalezas del régimen vigente, en los partidos históricos, en las sectas religiosas, en los periódicos y hasta en los salones del gran mundo, y una vez dentro desparaban sus teorías por todos los medios de la dialéctica y la retórica, señaladamente la paradoja, sin estridencias de mal tono, con suavidad e ingenio. Así llegaron a adueñarse casi del periódico nocturno *The Star*, siendo subdirector Massingham, que luego dirigió otras publicaciones y hasta hace poco el gran semanario *The Nation*—el Gobierno le prohibió durante la guerra, por su actitud pacifista, circular en países extranjeros—, y de quien ahora se habla para la Embajada inglesa en Berlín.

Puede decirse que en el punto de llegar los laboristas al Poder, las clases intelectuales de Inglaterra estaban *fabianizadas* hasta la saturación. Por

rutina, quizá por exigencias de la vida, no se habían decidido hasta ahora a dar el paso hacia el laborismo. Con su triunfo como partido gobernante, encarnación del orden dinámico, en renovación perpetua, los simpatizantes más tímidos o más apáticos han echado por la borda sus últimos escrúpulos. Así se explica que un hombre tan eminente como Haldane—ha traducido al inglés a Schopenhauer, ha estudiado como pocos la filosofía alemana y fué Rector de la Universidad de Edimburgo desde 1905 a 1908—aparezca ahora como ministro de Justicia en el Gabinete laborista y representante oficial del Gobierno en la Cámara de los Lores. Lord Haldane es, con Balfour, el pensador más poderoso de la política inglesa. En 1915 tuvo que dimitir su puesto de ministro por su no recatada adhesión a la cultura alemana. Esta valiosa conquista del laborismo habrá sido saludada seguramente por Sidney Webb, nuevo ministro de Comercio, alma verdadera de la Sociedad Fabiana—*El nuevo Maquiavelo*, según Wells, que lo satiriza en esa novela de clave después de haberse separado de los fabianos por una rabieta de niño mimado de la suerte, como le dijo Shaw en una sonada polémica—casi con tanta fruición como la entrada oficial, por la puerta grande, de su ideario en el Poder.

Merece señalarse esta particularidad: que algunas de las mentalidades más altas que forman o inspiran la nueva situación tienen de común el haberse distinguido por su actitud severamente crítica de la guerra. Ya se ha mencionado el caso de Massingham, siendo director de *The Nation*, y el de Haldane, que, si bien no fué adverso a su país, como otros, tampoco se retractó de sus simpatías por Alemania, lo que temporalmente le alejó de la política. Bernard Shaw no ha aceptado hasta ahora ningún cargo en el Gobierno laborista, ni es probable que lo acepte, porque su temperamento imaginativo se compagina mal con las realidades de la gobernación, y acaso también por pensar, como lo expone en su dilatada comedia *Volvamos a Matusalén*, que mientras el hombre no logre vivir una longevidad respetable, de unos cuantos siglos, el esfuerzo humano no podrá producir sino frutos muy agraños; pero no quepa duda de que, entre bastidores, su influencia tendrá mucho peso en más de un problema. Pues de Shaw